

Señor director

Memorias desde
el antiperiodismo

MIRKO MACARI SQUELLA

 Planeta

El desplome de las instituciones y las claves del nuevo ciclo

El secreto del cambio no se encuentra en enfocar la energía en combatir lo viejo, sino en construir lo nuevo.

SÓCRATES

Fue en una de mis primeras clases en la escuela de Periodismo cuando el profesor Mladen Yopo dijo: “Información es poder”. Entonces, una voz interior me recorrió el circuito neuronal: “¡Tate!, esto es lo mío”, pensé de inmediato.

Desde ahí, en mi paso por los medios siempre me obsesionó la pregunta por el poder. Y sobre todo por el poder que tenemos los periodistas y los propios medios de comunicación. Por supuesto, mi gran paradigma al respecto era el caso Watergate. En la universidad leímos el libro y vimos la película *Todos los hombres del presidente*. Me resultaba épico eso de que unos reporteros agudos (Bob Woodward y Carl Bernstein) y un periódico firme y determinado respaldándolos en su investigación (*The Washington Post*) levantarán un caso hasta terminar con la renuncia de un presidente (Richard Nixon) antes del fin de su mandato. Eso, ni más ni menos, en una potencia mundial como Estados Unidos, que, por entonces, además, lideraba uno de los dos bandos de la Guerra Fría, que tenía a Vietnam, a su vez, como uno de los principales escenarios del conflicto. Si Chile estuviera en medio de una guerra y aparecieran antecedentes sobre corrupción de un presidente, ¿algún periodista o medio podría hacer la denuncia sin ser acusado de traición a la patria? Eso me preguntaba entonces y mi respuesta era un *no* rotundo. “No, en este país no se puede”.

Era el Chile de mediados de los noventa. Por entonces, el tono y marco de la conversación pública no tenía nada que ver con el de ahora. Todo era como caminar sobre huevos. La prensa de la transición, salvo excepciones marginales, habitaba en un aire de

solemnidad y respeto a los poderes institucionales que me parecía entre rastrero y aburrido (buena parte de esa prensa era, y es aún, partícipe de esas instituciones, por cierto). Era un Chile ordenado, vertical, más bien gris y timorato, como Juan Herrera, el personaje de la serie *Los 80*.

Aunque con algunos movimientos interesantes, como la gran foto en pelota de Spencer Tunick en el 2002, en el Chile de esas dos décadas, la del noventa y la de los dos mil, el poder estaba en lo grueso —qué duda cabe, como diría el expresidente Lagos—, en esas estructuras institucionales, tanto públicas como privadas. Poder legal (de derecho) y fáctico (de hecho). Y sus rostros eran un puñado de personajes que conformaban la elite política, económica y social, algunos bastante inamovibles y repetidos.

Tal como nos dijo una vez el exdirector de la Secretaría de Comunicaciones de Frei Ruiz-Tagle, o Secom, Pablo Halpern, en una reunión con los periodistas de la revista *El Sábado* en el casino de *El Mercurio* por ahí por fines de los noventa: “En Chile se juntan veinte prohombres a puertas cerradas a decidir para dónde va el país, y el país va a para allá”.

En esos veinte años, que corresponden a los cuatro gobiernos de la Concertación por la Democracia, de Aylwin a Bachelet 1, había ciertas reglas claras para responder a la pregunta de dónde está el poder. Ibas a la UDI y tenías a Pablo Longueira y Jovino Novoa, no siempre muy de acuerdo entre sí. De hecho, cuando rodó cuesta abajo la candidatura de Laurence Golborne en 2013, Pablo, que era ministro de Economía, pidió que lo llamara Jovino para asumir el desafío de ir a la primaria en representación de la UDI. Una señal de que no habría asesinatos en el peaje entre los padrinos del gremialismo. Entre el alma popular y el alma empresarial del que era entonces el partido clave del sistema político de la mal llamada transición.

En el primer gobierno de Michelle Bachelet, cuando la presidenta constató el fracaso de su cacareado gobierno ciudadano y su Secom, Juan Carvajal construyó la tesis del femicidio político para consuelo de las *bachelovers*; el queque se cortaba entre Andrés Velasco y Camilo Escalona: la tecnocracia de Expansiva liderada por el ministro de Hacienda y la Nueva Izquierda del PS, que había pasado la máquina

copando el Estado de leales al caudillo de La Cisterna. Como diría Pepe Auth, en un *mea culpa* por el caso de operadores políticos en ChileDeportes, “tenemos cuoteados hasta los juniors”. Como miembro de número tardío en el partido del orden, Escalona motejaba entonces a quienes empezaban tímidamente a hablar de asamblea constituyente como “fumadores de opio”.

En los medios, Copesa era un portaviones que, con diarios, revistas y radios, manejaba la pauta y Álvaro Saieh hacía bailar a su ritmo, incluido Ciper, a buena parte del *establishment*. La entrevista matutina de Nicolás Vergara en *Hablemos en off*, de radio Duna, era un ticket al salón VIP del poder.

El primer semestre de 2009 *La Tercera* cubrió con fuerza a MEO para debilitar a Frei de cara a la presidencial de fin de año, pero ya en el segundo semestre le informaron que le quitarían protagonismo, porque no iban a poner en riesgo el triunfo de Piñera. Nada personal, eran las reglas del juego y todos las sabían. Mal que mal, daban algo escaso hoy en día: certezas.

La desaparecida revista *Qué Pasa* hacía por entonces su esperado ranking de los poderosos “Top 100”, donde la tecnocracia económica posgraduada en la Ivy League de Estados Unidos tenía membresía asegurada.

Y la encuesta del Centro de Estudios Públicos, encabezado por el entonces *primus inter pares* del gran empresariado, Eliodoro Matte Larraín, era el partidador para cualquiera que aspirara a correr en la presidencial. Estar dentro te daba calor y vida, pero quedar fuera de esa medición era como sentir el frío de Siberia. Ser invitado a las reuniones a puertas cerradas en la casona de Monseñor Sótero Sanz, ahí, al lado de la Nunciatura Apostólica en Providencia, te confería estatus de poderoso, sin duda.

Tras esas señoriales paredes se cerró el acuerdo que puso fin al MOP Gate, un caso de malversación de fondos fiscales que amenazaba con finiquitar antes de tiempo lo que algunos entusiastas desinformados denominaban por entonces “el primer gobierno socialista desde Allende”. Concurrieron ahí no más de veinte personeros, tal como nos había relatado Halpern, entre los que se contaban el entonces presidente de los empresarios, Juan Claro; el timonel UDI, Pablo

Longueira; los asesores del mítico segundo piso de Lagos, encabezados por Ernesto Ottone; el ministro del Interior José Miguel Insulza y los técnicos del CEP, respaldados por el peso del apellido Matte.

La orden de dar un carpetazo al caso bajó desde arriba, jerárquica, piramidal, y aunque más de alguien pidió explicaciones en privado, ningún naípe se cayó del castillo. Ni en los partidos, ni en el Congreso, ni en los tribunales o la prensa. *La Tercera* y su director, Cristián Bofill, tuvieron que mascar el polvo de la derrota y dejar de apalear domingo a domingo a La Moneda con la información que le filtraba la ministra investigadora de la causa, porque la máxima era cuidar la estabilidad de Chile. Nada peor para eso que la mera posibilidad de que Ricardo Lagos no terminara su mandato, como se atrevió a escribir un prestigioso columnista dominical que hasta hoy opina en clave noventera.

Si se trataba de opiniones y análisis con impacto en el juego, ahí estaban Enrique Correa y Eugenio Tironi, símbolos de la generación MAPU que encabezaba el Estado, pero con corredores de ida y vuelta hacia el mundo privado y los medios. Y es que el gran artefacto de época eran las agencias de comunicación y *lobby* como industria intermediadora de la influencia.

De la Iglesia ni hablar. El Arzobispado aún giraba a cuenta de su rol en materia de derechos humanos durante la dictadura para presionar en materia de políticas públicas de salud, como cuando evitaron que su canal, el 13, y otros, emitieran la publicidad de preservativos para combatir el VIH. Con solo chasquear los dedos, los monseñores podían detener con tono de gran escándalo las jornadas de educación sexual en escuelas públicas (Jocas) y hacer declaraciones contra la píldora del día después, las reivindicaciones de las minorías sexuales y los discursos más progres sobre el rol de la mujer. A los ojos de hoy nos pondríamos colorados y pensaríamos que eso es más propio de una tribu africana animista que de un país perteneciente a la OCDE. Aunque era real y esa era la normalidad.

Pero, a partir de 2011, este escenario de un mundo sólido devino paulatinamente en líquido. Ese mapa del poder tambaleaba, pues el terreno se puso cada vez más pantanoso.

Fernando Karadima y Renato Poblete crucificaron el poder de la Iglesia católica chilena para siempre. La lápida la puso la misma visita

del papa argentino en enero de 2018, que, para subsanar su propia crisis de opinión pública, terminó descabezando a toda la curia chilena.

Las colusiones (farmacias, pollos, papel higiénico y otras) fracturaron la influencia sin contrapeso que siempre tuvieron los grandes empresarios. La impunidad de las boletas ideológicamente falsas golpeó en el suelo la credibilidad de los partidos políticos, del Congreso, de los tribunales y de la fiscalía.

El mayo feminista de 2018, y sus marchas de pechos al aire, nos instaló de lleno y sin vuelta atrás en el #*Metoo* y la cuarta ola feminista. Y se llevó de la primera línea a personajes tan diversos como Fernando Villegas, Nicolás López y otros, instalando un potente cambio cultural en materia de género y sexualidad sin precedentes desde la revolución de los anticonceptivos en los sesenta.

Cosas que ocurrían siempre en la opacidad, incluso por siglos, como los abusos sexuales en la Iglesia, ya no se sostienen en una sociedad masivamente digitalizada que se parece mucho más a una casa de vidrio donde todos caminamos desnudos. La máxima que esbozó Eugenio Tironi en *El Mercurio* a comienzos de los noventa —el poder siempre tiene secretos— no va más.

Este cambio lo empecé a notar de modo concreto, semana a semana, en la clásica reunión de pauta que tenía con mi equipo de periodistas, la que encabecé todos los lunes como editor y director de *El Mostrador*, entre 2008 y 2017.

Dice el sociólogo Max Weber que “el poder es la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad”. Y ese poder, aunque legal e institucional, ya no cumple esa regla. No funciona sin un cuarto oscuro. Una sala como aquella del CEP en 2003, donde no hubo filtraciones, cámaras ni intrusos y que permitió ponerle punto final de facto al MOP Gate.

Como periodista, elegí para este libro algunos de los muchos casos que han estado en la agenda mediática en los últimos años para graficar el vaciamiento del poder institucional. Mi intención es describir un fenómeno, más allá del juicio de valor sobre el mismo. De las clases de Introducción al Derecho que tuve con Carlos Peña, me quedó a fuego esa distinción lingüística de Kant “entre lo que las cosas son, y lo que deben ser”.

En mayo de 2019, los tres poderes del Estado concurrían, tal como lo señalan las normas constitucionales, al nombramiento de un nuevo ministro de la Corte Suprema. La elegida, respetando las antigüedades, fue la ministra Dobra Lusic. Senadores de gobierno y oposición dieron su venia al nombre que había escogido el presidente, de entre la quina que recibió de la Corte Suprema.

Un acuerdo político clásico, la vilipendiada “cocina” operando en forma. Eso, hasta que empezaron a ventilarse por redes sociales y medios de comunicación diversos antecedentes y cuestionamientos a la figura de Lusic. La ola digital creció con tal fuerza que senadores de ambos bloques comunicaron a La Moneda que era inviable el voto favorable. El nombre se cayó antes de ser votado. Ese mismo fin de semana el senador socialista José Miguel Insulza se quejaba amargamente en *El Mercurio* de este nuevo “poder fáctico”: las redes sociales, que condicionaban a la política formal y la volvían obsoleta. El poder fáctico ya no eran las veinte personas en una reunión a puertas cerradas sellando el futuro del país, como en 2003. Ahora eran veinte mil o doscientas mil cuentas de Twitter que no se conocen entre sí, pero coinciden con su energía en un punto: algo que les gusta o que rechazan. Y ahí se crea la realidad.

Esa energía resulta muchas veces incontenible. Lo comprobó también Sebastián Piñera cuando en 2018 nombró a Mauricio Rojas ministro de Cultura. Eso fue un jueves en la mañana y el martes siguiente tuvo que bajarlo. No fue una operación de la oposición la que lo botó, no. La prensa tradicional publicó un perfil de Rojas, y al final de este, en letra pequeña —no en el titular— venía una incómoda frase acerca del pasado de Chile y sobre el Museo de la Memoria. Fue suficiente. Traccionada por varios *influencers* de Twitter, la cuña se transformó en una avalancha incontenible.

Las redes sociales son una expresión de la ola digital, que llega para modificar radicalmente la cultura del poder y también la economía. “Internet no es un medio, es un ecosistema con nuevas reglas, jerarquías y valores”, dice el español Antoni Gutiérrez Rubí, uno de los expertos que sigo para comprender este fenómeno, quien, además de teórico cultural, es un asesor político profesional que trabaja con las manos en el barro. *La fatiga democrática* se llama uno de sus últimos libros, que tuvo la gentileza de mandarme.

Otro caso previo al estallido es lo que ocurrió con los medidores inteligentes de electricidad, política pública que tropezó con la nueva realidad en marzo de 2019. Estos dispositivos son necesarios, entre otras razones, para que Chile incorpore la 5G, tecnología que es uno de los escenarios de batalla entre China y Estados Unidos por la hegemonía del siglo XXI. Esta posibilita, por ejemplo, que su automóvil, estimado lector, le informe a su refrigerador cuál es su temperatura corporal, para que la cerveza que lo espera en casa esté ajustada exactamente en el punto de frío que más gratificación le provocará. La internet de las cosas también se llama.

Los medidores inteligentes tenían a favor todos los *check* del *lobby* noventero: impulsada por el gobierno de un signo, el de Bachelet; implementada por el gobierno de otro signo, el de Piñera; el respaldo de la poderosa y multimillonaria industria de la distribución eléctrica, y el apoyo unánime de la comisión respectiva de la Cámara.

Bastó que el costo de arriendo de los medidores inteligentes fuera de doscientos pesos y una olvidable intervención del presidente Piñera explicando que “el usuario siempre paga todo” en un matinal de TV, para que la indignación ciudadana, expresada en el rechazo en las encuestas al mandatario, botara el castillo de naipes. Carpetazo total a la política pública. Si el poder legítimo no puede ir en contra de lo impopular, simplemente ya no tiene poder. El clima de indignación ante la percepción de un “cobro abusivo” no fue medido por ninguna agencia de comunicaciones o experto en gestión de intereses. Estos solo conocen el mapa de siempre, con los *stakeholders* habituales.

Ese clima hipersensible ante lo que se considera “abuso” anticipaba también lo que vendría en octubre de 2019. Pero nadie lo vio venir, porque nadie lo supo medir. Nuestro paradigma economicista —el PIB es su máxima expresión— solo mide cosas materiales, bienes de consumo, ingresos, etc., cuando los cursos sobre felicidad son los más demandados en la Universidad de Harvard y todas las tendencias globales giran a medir la calidad de vida, donde las subjetividades y emociones son fundamentales.

Así llegamos al estallido social y luego a la pandemia. Eventos que cayeron sobre un suelo social y político muy erosionado, incapaz de contener el aluvión.

La famosa encuesta del CEP de diciembre de 2019 nos dio mucho de qué hablar por el inédito 6 % de aprobación del presidente, pero lo más relevante, por lo estructural, era la lámina que mostraba el deterioro de todas las instituciones y su caída en picada entre 2016 y 2019. La Iglesia, los diarios, la televisión, las policías y, particularmente, el Congreso y los partidos políticos. Todos en el suelo. Hoy se han incrementado algunos números, pero lo relevante es la volatilidad estructural y el estado de la institucionalidad política, que se mantiene persistentemente en el piso.

¿Cómo se leía, entonces, este dato en el marco político del eje izquierda-derecha? Bueno, la izquierda lo leyó como un rechazo a Piñera y a la derecha que gobernaba con él. Y, obviamente, como un respaldo a sus ideas y sus líderes, como Daniel Jadue, quien por entonces puntuaba en las encuestas presidenciales. Sabemos lo que pasó en la primaria del pacto Apruebo Dignidad de ese año. Un improvisado Gabriel Boric se impuso como rostro de moderación frente a Daniel Jadue primero, y luego, como cara de la renovación frente a la ex-Concertación en la primera vuelta. El estallido se había acabado.

Ya con Boric como presidente electo, entre diciembre de 2021 y marzo de 2022, recuerdo perfectamente el clima de opinión pública, que deambulaba entre el optimismo y la esperanza. Buena parte de la prensa hablaba de un nuevo ciclo político dado el cambio generacional, con los nuevos ministros y ministras recién presentadas en sociedad. Sospecho que hoy nadie se acuerda de eso. La máxima de Bachelet de que gobernando “cada día puede ser peor”, se aplica también al actual gobierno.

Mi conclusión, que no tiene más pretensión que ser mi propia explicación de un proceso social y político de cómo ha cambiado el país en las últimas décadas, es que estamos ante un problema estructural que no se modifica al cambiar un presidente del signo político de un gobierno por el de otro. Es más, venimos en un movimiento pendular entre izquierda y derecha desde 2006 en adelante, con el electorado dando bandazos, eligiendo gobiernos con escaso poder. Siempre el siguiente es más débil que el anterior. Y, que a poco andar, enfrentan eventos que los liquidan y de los cuales ya no se recuperan políticamente, con lo que el resto del periodo se vuelve una agonía

permanente. Bachelet 2 terminó con Caval, Piñera 2 con el estallido, Boric pareciera que con el plebiscito del 4S.

El ideario portaliano de una presidencia fuerte, respetada e impersonal, casi monárquica, es solo un buen recuerdo para los historiadores, pues en la práctica estamos ante un parlamentarismo *de facto*.

Si hay un síntoma nítido del estado de descomposición y decadencia de la política es el Congreso, fiel expresión de la ausencia de liderazgos, la hiperfragmentación y una polarización histérica, funcional a la lógica de la telepolítica y el espectáculo en los medios, que son el gran encuadre del día a día.

Las acusaciones constitucionales, tiradas a la “chuña” en un gobierno y otro, son síntomas de este clima. El Ejecutivo es como un barquito de papel, a la deriva, en un océano tormentoso de problemas complejos, propios del siglo XXI, como la inmigración descontrolada, el crimen organizado transnacional y el narcotráfico, economías en proceso de desglobalización (como señala Ian Bremmer) y una ciudadanía irritada, que espera soluciones concretas a problemas urgentes, y que el sistema político en su conjunto no es capaz de satisfacer.

El mismo termómetro, la CEP de mayo de 2019, mostraba que solo un 19 % de los ciudadanos se identificaba con uno de los partidos políticos desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Es decir, la mayoría de los electores, sin referentes ideológicos del pasado, eligen al siguiente gobernante más como rechazo al anterior.

El juego político se alimenta, además, de incentivos perversos: quienes son oposición deben tratar de liquidar a quien está en el gobierno a como dé lugar, pues su acceso al poder y a repartirse los suculentos cargos en el Estado, depende de eso. Mismo Estado burocrático, que desde la Colonia se organiza sobre la base del inmovilismo y la desconfianza. Me bastó un semestre de Derecho Administrativo con don Arturo Aylwin para comprender que con esa estructura no hay innovación ni cambio posible.

Solo días después del estallido, César Hidalgo, destacado académico chileno del MIT, hizo una encuesta digital sobre las cuestiones que más demandaba la ciudadanía entonces. Buenas pensiones, cárcel para delitos tributarios, transporte gratis para la tercera edad, baja del precio de los medicamentos, aumento del sueldo mínimo,

reducción de la dieta parlamentaria y un largo etcétera, que incluía una nueva constitución.

Sin embargo, el acuerdo político del 15-N solo contemplaba el mecanismo para generar esa nueva constitución. Los meses siguientes, todo el sistema político giró exclusivamente en torno a eso y luego a las urgencias instaladas por la pandemia.

Soy de los que cree que, efectivamente, el país requiere de una nueva constitución porque la del ochenta fue diseñada en Guerra Fría, para un contexto histórico y social profundamente distinto al de hoy. Pero no creo que sea más urgente para el chileno medio —“el pueblo”, diría algún político con nostalgia sesentera— que los problemas de seguridad, los precios de los alimentos y servicios, la salud pública, las pensiones y otra serie de cuestiones cotidianas y prácticas.

La nueva constitución, su aprobación o rechazo, fue una agenda muy intensa de los grupos más politizados e ideológicos, que creen que todo depende de lo que diga o no ese cuerpo legal. Esos grupos de fervorosos convencidos de la verdad A o B, mantienen viva su propia guerra fría en Twitter y, aunque minoritarios, son el voto duro de autoridades electas o designadas, y por lo mismo tienen mucho poder de presión sobre estas.

Sospecho que a la mayoría de los chilenos lo constitucional les resulta bastante esotérico, lejano e ininteligible. Mal que mal, las constituciones son artefactos políticos del siglo XVIII, en el nacer de la era de la Ilustración, en sociedades donde aún no había ni luz eléctrica. El ideal ilustrado hablaba de un debate racional de ideas que ya no existe, porque pasamos de la era de la razón a la de la emoción. La cultura de la imagen y sus pulsiones ha reemplazado al pensamiento discursivo, propio de los grandes debates ideológicos del siglo pasado.

Sospecho que el chileno medio sigue sin muchas pistas una disputa que es de elites educadas en ese formato, elites que, además, ya no tienen control sobre los cánones de prestigio y estatus del resto del mundo.

El ciudadano hoy se informa de estos asuntos casi ininteligibles a través de videos viralizados, *influencers* o conversaciones de WhatsApp con links de todo tipo. No sé cuántos habrán leído completo el texto constitucional rechazado, pero no creo hayamos llegado al millón. La gente ya no lee textos complejos (¡este tenía trescientos ochenta y

ocho artículos!) y tampoco tiene la educación cívica para entenderlos. Esto aumenta la brecha entre política y ciudadanía de modo abismal.

De las campañas ni hablar. Analistas, periodistas y estrategas gastan ríos de tinta en los famosos programas de gobierno, que nadie lee ni a nadie le importan. Pero ellos buscan preguntas inteligentes y agudas sobre lo que dicen o no esos textos, que a la hora de gobernar se olvidan, pues la coyuntura es la que manda: todo se trata de reaccionar a la noticia más impactante del día o la semana, como un arquero que no para de tapar remates al arco.

Creo que buena parte de la crisis a la que asistimos tiene que ver con seguir mirando con ojos del siglo XX la sociedad del siglo XXI. El sistema político institucional es particularmente anacrónico en este punto. Muchos han leído los libros de Yuval Harari, pero al parecer pocos entendieron lo que decía en *21 lecciones para el siglo XXI* cuando señala que “las fuerzas más poderosas que están remodelando el mundo están fuera del sistema político”. El historiador israelí, que ha vendido doce millones de ejemplares, remarca que los políticos no entienden ni les interesa entender estas energías transformadoras, aludiendo especialmente a las infotecnologías, las biotecnologías y las dinámicas entre ambas.

Harari instala el actual momento como uno de agonía de las democracias liberales, como parte del fin de las ideologías que dieron forma al siglo XX: “En 1938 a los humanos se les ofrecían tres relatos globales entre los que elegir, en 1968 solo dos y en 1998 parecía que se imponía un único relato; en 2018 hemos bajado a cero”. Así de claro.

La izquierda y la derecha (y el centro, dirán algunos) fueron la matriz que ordenó el siglo XX. Conformaban dos polos de un sistema en tensión a través del cual se daba gobierno a sociedades mucho más simples que las actuales, con arraigadas estructuras institucionales propias del mundo sólido: educación, familia, religión, fuerzas armadas, medios de comunicación, etc. Si una fallaba, estaban las otras.

Sin embargo, esa democracia construida para el mundo análogo ya no flota en la sociedad digital. Los tiempos, dinámicas y premisas de la democracia representativa no encajan en el hoy. Dice Gutiérrez Rubí que “en el siglo XX la opinión pública era la opinión publicada, en el XXI la opinión pública es la opinión compartida”. La gente no

espera cuatro años para votar, vota todos los días cuando pone *like*, cuando aprieta compartir. Más importante aún, hemos aprendido desde la neurociencia que necesitamos los dos lados del cerebro, izquierda y derecha, integrados y no polarizados, para funcionar como seres humanos plenos. Pero la política sigue siendo un juego excluyente, reduccionista, lineal, que nos instala en la lógica de “es esto o lo otro”. Y el mundo de hoy requiere que integremos esa polaridad, dada la complejidad de los desafíos que se enfrentan, como el cambio climático. Ya vivimos en escenarios que nos dicen que las soluciones muchas veces son “esto y lo otro”.

Creo que el único político chileno que alcanzaba a vislumbrar un poco este movimiento de las placas tectónicas era Joaquín Lavín. De ahí sus bajadas como “el bacheletismo aliancista”, luego su declarada condición de “UDI-socialdemócrata” y su apuesta por un gobierno al estilo de “la selección chilena”. No estoy diciendo que hubiera votado por Lavín, solo que había en su táctica, sin duda, un diagnóstico interesante, ya no sobre cómo ganar una elección, sino sobre cómo gobernar este mundo líquido postideológico. Por supuesto, ser un rostro identificado con el viejo ciclo lo desgastó y le pasó la cuenta.

Todo este escenario lleva en la práctica a que los poderosos ya no tengan poder. “Hoy el poder es más fácil de obtener, más difícil de usar y más fácil de perder”, escribió Moisés Naím, algo así como el Lionel Messi de los analistas globales. Pero eso también quiere decir otra cosa: el poder está en otra parte. La energía ha salido de manera inequívoca del aparato institucional, pero este mantiene su carrocería intacta, tal como un automóvil estacionado que no tiene bencina para moverse.

“Estamos frente a un proceso más profundo: un cambio evolutivo de los sistemas de pensamiento que configuran la cultura, y que hace tiempo están colisionando con sistemas sociales y políticos arcaicos que no generan la capacidad de expresión necesaria para el despliegue del cambio cultural”, señalan Daniel Fernández, exdirector ejecutivo de TVN y Enap, y Pablo Reyes, en su excelente libro *La nueva elite*.

Convencido de que las cosas ya no funcionaban como antes, en 2017 dejé la dirección de *El Mostrador* y salí a buscar respuestas a la pregunta de dónde estaba el poder. Cuáles eran estos nuevos sistemas

de pensamiento de los que hablan Fernández y Reyes. No solo leí libros y vi infinidad de videos en YouTube. También me fui a lugares completamente nuevos para mí, como la ecoescuela El Manzano, en Cabrero, Sexta Región. Ahí pasé un par de veranos aprendiendo sobre qué era esto del movimiento ecológico y el problema ambiental. Lo que los climatólogos denominan el Antropoceno o sexta extinción masiva de especies que vive el planeta en sus cuatro mil quinientos millones de años de existencia. La salvedad es que esta es la primera provocada por una de las especies que lo habitan: el ser humano (de ahí el nombre).

Más allá de la sustentabilidad, que ya es tendencia instalada en buena parte de las grandes industrias como la banca, la minería, el transporte y el *retail*, entre otras, me interesaba llegar al fondo del asunto. Y lo que encontré es un giro copernicano en la cosmovisión que ha dado vida a la sociedad industrial en la que vive Occidente hace trescientos años. Las revoluciones industriales (que son cuatro hasta ahora) están en la base del capitalismo como sistema. Su origen es el desarrollo del pensamiento científico, de la mano de Isaac Newton, padre de la física mecánica. La ciencia de entonces —que fue condición *sine qua non* para el desarrollo de la tecnología, como la máquina de vapor— se fundamentaba en que hay un mundo allá afuera, distinto de los seres humanos, que funciona sobre la base de leyes mecánicas (como la gravedad). Si conocemos esas leyes, podemos *dominar* ese mundo. Apropiármolo para explotarlo en nuestro favor. Por eso, hasta hoy la naturaleza es conceptualizada como “recursos naturales”. Y las personas como “recursos humanos”. En la base de esta idea está la premisa de que los humanos estamos separados de la naturaleza, somos distintos a ella y al resto de las especies (de nuevo, la dualidad y la separación, tal como en la izquierda y la derecha).

La revolución medioambiental, en cambio, nos propone también, a partir de nuevos paradigmas científicos (el físico austriaco Frijtof Capra es uno de sus referentes y ha venido en varias oportunidades al Congreso Futuro), que en realidad los humanos somos un sistema vivo, profundamente conectado e interdependiente de los otros sistemas vivos que habitan el planeta. Nuestra salud mental y física dependen estrechamente de las condiciones del medio ambiente donde nos desarrollamos (luz, oxígeno, temperatura, etc.), pues no estamos

separados de la naturaleza. Más bien, somos naturaleza. Nuestro cuerpo reproduce fractalmente formas y patrones del mundo natural de manera asombrosa.

Del mismo modo, el planeta no es una roca inerte a la deriva por el espacio (recomiendo ver en YouTube “El modelo de hélice. Nuestro sistema solar es un vórtice”), sino una organización inteligente, con un frágil equilibrio biofísico, donde una tormenta en el Sahara, por ejemplo, impacta en los ecosistemas del Amazonas, tal como explica la teoría Gaia de James Lovelock. Esto empalma muy bien con buena parte de las cosmovisiones de los pueblos originarios que hablan de la Madre Tierra, y que viven su propio renacer y masificación. Si la Tierra es nuestra madre, ¿qué clase de persona es la que la explota?

No quiero instalarme en cuán cierto o no es todo esto. Lo que me interesa hacer notar es que no hay nada más poderoso que una idea a la que le llegó su hora, como decía Victor Hugo. Cada nueva generación que irrumpe en el espacio social es más radical y consciente de este nuevo paradigma, y, por lo tanto, adaptarnos a esta nueva forma de mirar es un requisito para convivir.

El otro gran sistema de pensamiento que irrumpe es, sin duda, el feminismo. Sabemos de las agendas de género, del abuso sexual y la paridad. Pero, de nuevo, por debajo de estas demandas hay algo más. En 2018 hice un fascinante taller de astrología con Andrea Valdivia, estudiando los arquetipos jungianos como matriz de la estructura de la mente inconsciente y apareció, sincrónicamente, esto del patriarcado como algo muy fundamental.

Muchos carteles del mayo feminista y del lenguaje, además de las consignas en torno a las cuestiones de género —cómo olvidar la performance del colectivo Las Tesis—, demandan el fin del patriarcado.

Al bucear ahí, me topé con un texto fundamental, que había sido un clásico en los ochenta, pero que adquiere plena vigencia hoy. Me refiero a *El cáliz y la espada*, de la historiadora de la cultura Riane Eisler, prologado por Humberto Maturana y con más de quinientos mil ejemplares vendidos. Eisler nos habla de que, antes del patriarcado, instaurado entre ocho y diez mil años atrás, cuyo símbolo es la espada (el falo), “existió un mundo donde prevalecieron el equilibrio y la comunidad antes que el caos y la destrucción, argumentando

que la humanidad en su origen no estaba centrada en la lucha y la competencia, sino más bien en la inclusión y la participación”. En ese mundo, el del cáliz (símbolo de la matriz uterina), justamente se adoraba a las diosas, al cuerpo femenino y sus curvas como símbolo de vida y fecundidad. Esto, a diferencia del tiempo de la espada, donde se ha exaltado y rendido culto a reyes y guerreros vencedores de batallas, a pueblos e imperios que sometían a otros y los dominaban. La lucha, y el conflicto como marco de escenificación de la vida humana (guerra contra las drogas, batalla contra la delincuencia, lucha contra el cáncer, etc.), es lo que va de salida, aunque el día a día y los matinales quieran decir otra cosa.

En el taller vimos, además, que lo femenino no se reduce a la mujer ni lo masculino al hombre y que, justamente, ese ejercicio de circunscribir los géneros a la genitalidad es parte de los mandatos inconscientes del patriarcado, cuya institución más icónica ha sido la Iglesia católica, particularmente negadora del rol y poder de lo femenino.

Lo clave e icónico de ese tiempo en que se adoraban los símbolos que dan vida, como los pechos, es que aparecen conectados misteriosamente con cuestiones que hoy sabemos son cruciales gracias al desarrollo de la ciencia. Por ejemplo, que la hormona del amor, la oxitocina, se transmite de madre a hijo por medio de la lactancia.

Los niveles de oxitocina en grandes cantidades son los que posibilitan que de la teta salga leche. Esa leche es el alimento natural del ser humano en sus primeros meses, pero no solo de su cuerpo físico. El gran descubrimiento de los últimos años es que el tiempo que un niño recibe pecho es directamente proporcional al equilibrio emocional que va a tener ese ser humano luego de adulto.

Si existe un apego seguro, existirá un adulto sano, pero de darse un apego desorganizado o inseguro, existirá un adulto que va a tener más difícil una sana adaptación al ambiente y a los vínculos con otras personas, ya que lo hará desde la evitación de los otros, desde la inseguridad o incluso desde la agresividad y la violencia. La forma más radical de agresividad hacia los otros —los que no me cuidaron, puesto desde el inconsciente— es la delincuencia, desde el mechero al “portonazo”, pasando por el ejecutivo de cuello y corbata que lucra con la pensión de la profesora jubilada. Todas estas son formas de

ausencia de empatía, de desconsideración por el otro y de violencia, que están en la base de, por ejemplo, la delincuencia desatada y la crisis de seguridad que vivimos en Chile hace ya bastante rato.

Da lo mismo quién gobierne mientras no aprendamos a convivir. La política actual es una actividad que ocurre en el espacio de la espada: para que yo gane, el otro tiene que perder.

El año pasado terminé mi formación como *coach* ontológico para adquirir herramientas que me permitieran intervenir en ese espacio de lo humano. Y terminé de convencerme de que para que el mundo y la sociedad cambien, lo primero que deben cambiar son las personas.

El *coaching* ontológico, desarrollado en los noventa por el destacado intelectual Rafael Echeverría en su famoso texto *Ontología del lenguaje* —una brillante reflexión elaborada a partir de los descubrimientos de Humberto Maturana—, apunta a entender lo humano desde la triple coherencia entre cuerpo, emociones y palabra (lo que somos). Y le asigna una nueva perspectiva histórica al lenguaje, como un instrumento activo capaz de crear mundos y no solo de describirlos.

Mucho del trabajo de *coaching* tiene que ver con intervenir el modo en que personas y organizaciones crean su realidad a partir de estas dimensiones. Es un ejercicio de autoconciencia sobre el modo como etiquetamos los hechos, a las otras personas y sobre todo a nosotros mismos. Una de sus revelaciones más poderosas para mí es que “no vemos el mundo como es, lo vemos como somos”. Pensamos que al emitir un juicio estamos solo enjuiciando aquello de lo que ese juicio habla, y no percibimos cuánto de nosotros mismos se revela al emitir ese juicio. Si nos hacemos conscientes de esto, tenemos el poder de cambiar nuestro mundo personal y también el social.

Buena parte de la toxicidad de la discusión pública y la política chilena actual se debe a que los actores consideran que lo que dicen es una verdad irrefutable y categórica, objetiva, cuando es solo *su* verdad. Las redes sociales y el “efecto burbuja” tienden a potenciar esta idea de que el sesgo propio es una verdad masiva (recomiendo al respecto leer la columna “Cerebros hackeados”, de Yuval Harari).

Si a esto le sumamos que siempre hay una emoción de base que la impulsa —rabia, resentimiento, miedo, tristeza o alegría—, entende-

ríamos que, usualmente, quien expresa un juicio de otro o del mundo, más bien se está delatando a sí mismo en todo su ser.

Las otras personas siempre tienen percepciones distintas de las nuestras y, por tanto, se paran desde otras verdades, tan legítimas y tan personales como las que tengo yo. Esto es a lo que se refería Humberto Maturana con su famoso “aceptar al otro como legítimo otro en la convivencia”.

Hoy, la caótica batalla por el poder institucional ocurre sobre todo en esta dimensión: percepciones, emociones y sentimientos. Un universo de pulsiones que, por su naturaleza, ya no entran en los viejos contenedores sólidos como ideología, religión, nación, etcétera. En el mundo líquido todo va cambiando, de modo impredecible y con asombrosa velocidad. Por eso se lo denomina también el mundo VUCA (por sus siglas en inglés): volátil, incierto, complejo y ambiguo.

Todas estas reflexiones, que no tienen pretensión de verdad de ningún tipo, y que yo mismo he calificado más de alguna vez como “sociología barata”, las metí a la juguera para hacer un taller en enero de 2019, que denominé “El desplome de las instituciones y las claves del nuevo ciclo”. Para mí, lo más interesante era, por cierto, la segunda parte, las claves del nuevo ciclo, que son: revolución digital, fin del patriarcado y nuevo paradigma medioambiental. Todas interconectadas y en medio de esta redefinición de lo que somos los seres humanos, a estas alturas de la historia, saliendo disparados de la caja del racionalismo cartesiano que predominó en la cultura occidental desde la Ilustración.

Sin estructuras ni instituciones sólidas a las que aferrarnos y en las que confiar, millones de personas han emprendido un propio y particular viaje para conectar con el poder en ellos mismos.

Desde la tribuna oficial se le llama autoayuda, pero a mí me gusta hablar más genéricamente de desarrollo personal y búsqueda de calidad de vida. Los rankings de venta de libros son demoledores. Solo uno de los cincuenta libros del doctor Deepak Chopra ha vendido un millón seiscientos mil copias. Y Joe Dispenza, un divulgador de prácticas que conectan neurociencia y meditación oriental, de sus cuatro libros ha vendido cientos de miles de ejemplares.

Son infinitud también los cursos, talleres y seminarios que se ofrecen en redes sociales para adquirir habilidades de todo tipo, cuyo

objetivo final es ser feliz. Obviamente, que así como de diversa es la variedad, también lo es la calidad. Yoga, *coaching* y *mindfulness* ya entraron en la oferta de colegios y programas universitarios acreditados.

Lo notable de este tiempo es que cada individuo no solo elige lo que quiere creer, sino también a quién creerle. *El poder de quererte*, libro de la sicóloga chilena María Paz Blanco, lleva varios meses en los primeros lugares del ranking. Personas hablándoles a personas. Sin instituciones que intermedien. Las audiencias no ven Chilevisión en la mañana, ven a Julio César Rodríguez. Y no escuchan la T13 radio, escuchan a Iván Valenzuela. De hecho, en Instagram el Partido Socialista tiene 11,1 mil seguidores y Mía Pineda, la astróloga de mayor impacto en América Latina, también conocida como Mía Astral, tiene 2,4 millones.

Lo que me interesa en este popurrí tipo cazuela, es remarcar tendencias. Desde que realicé ese primer taller quería dedicarles más tiempo y energía a comprender y comunicar estos asuntos alejados de la contingencia. Seguir comentando actualidad política empezó a resultarme un desperdicio. En julio de 2019 renuncié al espacio de radio de *El Mostrador* en La Clave, que hacía con el gran Fernando Paulsen. Un lujo dialogar todas las mañanas con uno de los periodistas más reputados del país, pero en los medios tradicionales la pauta manda. Eso quiere decir que, si había un cambio de gabinete en ciernes, había que comentar eso por varios días, los previos y los posteriores. Aunque en la práctica el cambio de gabinete no cambiara en absoluto el mal momento del gobierno. Había que decir algo de eso, o de un tuit que enterraba a fulanito o de la cuña torpe de sutanito. Comentar comentarios. Todo girando en torno a lo que se dice, no a lo que se hace. En fin, un conjunto de convenciones que llamamos “la noticia del día”, pero a las que ya no les encontraba sentido porque era como opinar de las jugadas de un partido de fútbol mientras el estadio y la ciudad se están incendiando (o desplomándose, más bien).

Pude dar algunas charlas en empresas e instituciones como el Banco Mundial, pero el estallido social transformó rápidamente todo en contingencia, actualidad y política. Tocó que justo, también, habíamos comenzado los lúdicos seminarios sobre El Padrino con Alberto Mayol y Darío Quiroga. Y el podcast *La Cosa Nostra*, que de mala

gana acepté hacer solo para fidelizar a los asistentes, en su segundo capítulo, el del 19 de octubre, explotó en las redes y se transformó en un espacio de culto. Y de impacto insospechado. Todo se volvió intenso, conflictivo, más político y coyuntural que nunca.

Y me vi arrastrado de vuelta a la actualidad, sin quererlo, tal como Michael Corleone quedó a cargo del negocio de la familia como un designio del destino. También estaba haciendo el programa web *Comando Jungle* con mis amigos Camilo Feres, Gonzalo Müller y Jorge Navarrete. Y un programa diario en radio El Conquistador, con Felipe Vidal y Nicolás Larraín.

Tuve que agachar la cabeza nomás, porque, como dice el dicho: uno propone y Dios dispone. No me quejo en absoluto, pues fue un momento de mucha visibilidad y buenos negocios —aprovecho aquí de agradecerle a Sebastián Piñera por eso—, pero igual sentía que ya no era lo que quería hacer.

Fue así como, en 2022, corté de raíz mi participación en todos los espacios de análisis político y de actualidad y me vine a vivir a Pichilemu, cumpliendo el más antiguo y nostálgico sueño que tuve desde chico: radicarme junto al mar, donde el alma siempre se expande.

La idea de este libro la empecé a masticar en esta tumultuosa transición hacia un nuevo ciclo tanto social como personal. Lo visualicé como un rito de paso para cerrar mi propia etapa de periodista, ocupado de los “asuntos de actualidad”. Particularmente, en lo que siempre me encantó desde que era un lector adolescente en el épico y ya lejano Chile de la dictadura: la prensa escrita, una verdadera institución del mundo sólido, en la que estuve desde 1997 a 2017, cumpliendo el sueño de ser director de un medio.

De ahí el nombre del libro que usted está leyendo. Y de ahí también la historia que viene a continuación, que no es nada más que mi historia de estos veinte años en el oficio de hacer diarios y revistas. Y aunque son demasiadas las personas a las que agradecer por esta maravillosa etapa, quiero hacerlo especialmente con Alejandra Carmona López, corazón y responsable de que este proyecto editorial viera la luz. “Macari, la vas a romper”, me animó siempre con cariño y risas. Mismos que compartí por más de veinte años con ella y tantos otros colegas y compañeros de aventura, que usted irá descubriendo en las siguientes páginas.